

Edgar Alandia

Edgar Alandia

Nací en Oruro (Bolivia) el 12 de agosto de 1950, pasando mi primera infancia en la ciudad de La Paz, donde mi padre trabajaba en el proyecto y la realización de la reforma agraria del país. Los recuerdos de esa época me llevan a una situación particular de enfermedad, que me doblegaba y obligaba a días de cama, a tener que estar dentro de casa y de a sentirme particularmente frágil y solo, en contraste con la natural alegría y energía de mis coetáneos. Fue en ese período que, habiendo aprendido a leer desde muy chico y gracias a la intuición de mis padres, pude desarrollar mi fantasía leyendo libros (y no revistas) e imaginando personajes de las fábulas de La Fontaine, Grimm, Andersen, etc.

Entre 1955 y 1956, regresamos a Oruro, ciudad situada en el altiplano boliviano (3.706 metros sobre el nivel del mar) y en la que empecé a ir a la escuela en el Colegio Anglo-Americano, un colegio donde podían estudiar los niños pertenecientes a la clase media del país.

Al principio sufrí mucho por mi incapacidad de relacionarme con mis compañeros, ya que no había desarrollado esa costumbre siendo más niño y fue entonces, a los 8 años de edad, cuando descubrí la música a través de aprender a tocar el acordeón. Debo decir que, de todos modos, mi oído estaba acostumbrado a la música y estaba “bien educado”, ya que mi padre, Orlando Alandia Pantoja, solía trabajar en casa oyendo música desde Mozart a Stravinsky, de modo que mi instinto “musical” estaba ya presente cuando empecé a tocar el acordeón de oído con cierta facilidad y éxito. Este hecho dio sentido a mi existencia dentro del grupo de mis compañeros de escuela, pues

desató simétricamente admiración y antipatía, proyectándome a lo que es el mundo real y a la dinámica que nos acompaña durante toda la vida.

Después de un tiempo, empecé el estudio de música (piano) con buenos resultados, pero con pésimas relaciones con el mundo de los profesores, que me echaron de la escuela de música por “cometer” el delito de componer. Vale la pena aclarar que mi flojera crónica me llevó a componer música porque estudiarla era más fatigoso. Posteriormente, y de forma paralela al desarrollo escolar, estudié música en un instituto privado y, además, lo hice con mucho éxito. Tuve incluso una presentación pública en una universidad, un recital en el que toqué no solo pequeñas obras clásicas para piano sino también mis propias composiciones.

Terminados los estudios de colegio, a los 18 años, decidí, con inconsciencia y atrevimiento, que quería estudiar para ser compositor. La decisión, entre la hilaridad de mis compañeros de curso, fue felizmente tomada en serio por mis padres, que me brindaron su apoyo total, enviándome a estudiar al Conservatorio de Santa Cecilia en Roma. Mi pobre madre, Celia Cañipa de Alandia, sufrió mucho por este alejamiento, presintiendo que jamás regresaría al país.

Los años de estudio en Santa Cecilia fueron duros, porque mi preparación académica boliviana era deficitaria. Mi profesora de composición, Irma Ravinale, fue fundamental sobre todo por haber intuido mi flojera crónica, imponiéndome un régimen de estudio que me obligó a rendir al máximo de mis posibilidades. Terminé las carreras de Composición y de Dirección de Orquesta en 1977 y 1981, respectivamente.

En este lapso de tiempo me casé con una muchacha italiana, Aura Bruni, que no tiene mucho que ver con la música (es doctora en Lengua y Literatura Española y Francesa), pero que tuvo la paciencia de soportarme y apoyarme en los momentos de dificultad.

En el año 1978, obtuve mi primer contrato profesional de trabajo en el Teatro de la Ópera de Bruselas (La Monnaie), para trabajar como pianista y consultor musical en el Ballet du XXe Siècle de Maurice Béjart, con quien forjé una discreta amistad, pero sobre todo aprendí muchísimo sobre cómo funciona un gran espectáculo teatral. En esa temporada de trabajo tuve, además, la suerte

de conocer países como Japón, la URSS y muchos otros, enriqueciendo mi experiencia humana notablemente.

Volví a Italia en el año 1978 con la determinación de convertirme en compositor profesional. Escribí una obra para clarinete y orquesta, *Pampa*, que ganó el primer premio en el Concurso Internacional de Composición “Valentino Bucchi”, y la cual me abrió las puertas de la profesión: la edición Ricordi y el estreno de la obra en el Teatro Comunale di Bologna.

Entre 1979 y 1981, fui alumno de Franco Donatoni, con el que tuve una pésima relación, pero que me fue muy útil porque me obligó a reconsiderar todo mi trabajo desde un punto de vista crítico. En esos momentos, me fue precioso el apoyo del gran maestro italiano Goffredo Petrassi, quien me alentó siempre a seguir adelante.

A partir de entonces, mi actividad como compositor se encaminó con provecho y, hasta el día de hoy, procede con el ritmo que he escogido (lento), porque considero importante dedicarle el tiempo necesario a cada trabajo sin el afán de estar siempre presente en los festivales o temporadas de conciertos, donde, frecuentemente y de alguna manera, termino estando igualmente.

Vale la pena mencionar algunos excelentes músicos que, con su arte y experiencia, han contribuido a mi desarrollo artístico y profesional, entre ellos: Giancarlo Schiaffini, Michiko Hirayama, Jesús Villa-Rojo y los muchachos que formaron el Gruppo Strumentale “Nuove Forme Sonore” de Roma con el cual hicimos música durante más de veinte años.

Paralelamente, he estado trabajando como profesor de composición en varios conservatorios italianos, entre los cuales puedo citar: “Gioacchino Rossini” de Pesaro, el “Santa Cecilia” de Roma y, actualmente, el Conservatorio “Francesco Morlacchi” de Perugia, además de varias instituciones en Europa y América en las que he ofrecido clases magistrales y seminarios de composición.